

CATARINA DE SAN JUAN Y SU BIÓGRAFO.
RELACIONES, AMISTAD Y EDIFICACIÓN
EN LA AUTOBIOGRAFÍA DE JOSÉ DEL CASTILLO GRAJEDA

Olimpia GARCÍA AGUILAR
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
topolunar@yahoo.com

Se me representó un bordo de un tanque hermosísimo de leche más blanca que los campos de la nieve y en las cuatro esquinas del tanque o pila reconocí cuatro bellísimos ángeles y advertí que estaba yo dando voces convidando a todas las criaturas para que llegasen a beber aquel precioso licor asegurándoles que engordarían y se pondrían muy hermosas si llegaban a gustar de su suavidad y dulzura. Y aunque a mis voces notaba yo que emprendían muchas almas el camino, como quienes admitían mi convite, advertía también que otras se apartaban de él y otras se sentaban como cansadas, si bien las más llegaban por medio de mis confesores a beber de aquella deliciosa fuente de leche.

Catarina de San Juan¹

¿Quién diría que las artes de seducción de un oratoriano del siglo XVIII facilitarían los estudios actuales acerca de una de las figuras más renombradas dentro del ámbito de las beatas novohispanas, la China Poblana? En 1750 el padre Bernardo Alatrística, la madre María Francisca de los Dolores, la doncella Micaela Josefa Calvo y el inquisidor Juan Francisco de Tagle y Bustamante, se vieron implicados en una situación bochornosa, aunque común: un caso por solicitudación ante el tribunal del Santo Oficio. Una vez concluidas las averiguaciones, Bernardo volvió al Oratorio de San Felipe Neri a purgar parte de su sentencia, y María Francisca y Micaela a sus labores del

¹ Citada por Ambrosio Odón en Alonso Ramos, segunda parte de los *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable Catharina de San Joan*, Diego Fernández de León, Puebla, textos preliminares, s. f.

convento de Santa Catalina de Siena y de su hogar, respectivamente, todos ellos en la ciudad de Puebla.² La gente involucrada en el hecho volvió a su rutina, a su espacio, no así los objetos secuestrados durante las pesquisas inquisitoriales. Así fue como un manuscrito de 186 fojas pulcramente presentadas permaneció en manos del Santo Oficio y luego de ser leído y anotado por los calificadores, fue archivado y olvidado. Algunos años antes, por una razón que me es desconocida, Bernardo, recién vecindado en Puebla, había copiado de otro traslado o del original de al menos 14 cuadernos, una autobiografía. En el manuscrito se comenzaba narrando los intentos de la madre del protagonista por interrumpir su gestación, el secreto nacimiento y posterior exposición del recién nacido a las puertas de la familia Castillo, y terminaba refiriendo las circunstancias de la muerte del autor de los cuadernos y cómo, luego de 36 días de agonía, había sido sepultado en la capilla de la sacristía de la catedral de la ciudad de los Ángeles. Había vivido 47 años.³

La autobiografía de un hombre, escrita por mandato, que tuvo como rasgo característico el desengaño y la obediencia no tendría que ser especial, a no ser porque se trata de la vida de uno de los tres biógrafos de Catarina de San Juan, la China poblana, la mujer más ampliamente biografiada en la historia de la Nueva España.⁴

Así como en un momento dado se encontraron los caminos de Bernardo, Micaela, María Francisca y el inquisidor De Tagle y Bustamante para desembocar en el secuestro del manuscrito autobiográfico referido, así también un siglo antes se entretajeron las historias de una china manumisa y un importante grupo de religiosos entre los que destacan el franciscano fray Juan Bautista y los jesuitas José Vidal, Manuel González, Antonio Núñez de Miranda, Miguel

² Proceso de Bernardo Alatrística del Oratorio de San Felipe Neri, por solicitante. Archivo General de la Nación, México (en adelante AGN), *Inquisición*, 1792, v. 1504, exp. 6, f. 238r-331r.

³ Bernardo Alatrística, copia de la autobiografía de José del Castillo, ms. AGN, *Inquisición*, 1792, v. 1515, exp. 3, f. 1-186, v.

⁴ Tuve la fortuna de hallar este valioso texto hace ya algunos años. He dedicado a él mis investigaciones de licenciatura y de maestría tomando como objeto de estudio a sus dos personajes centrales: Catarina de San Juan y José del Castillo. Éste último no debe confundirse con el jesuita José del Castillo. La distancia en el tiempo entre él y el José de quien trata este artículo es de medio siglo. El margen que hay en el desarrollo de ambas vidas es claro. *Vid. Esteban J. Palomera, La obra educativa de los jesuitas en Puebla 1578-1945*, México, Universidad Iberoamericana, 1999, p. 220 y 221, y Francisco Zambrano, *Diccionario Biobibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, Jus, 1961.

Godínez, Ambrosio Odón, Francisco de Ibarra, Juan de Sanguesa y por supuesto, aunados a esta lista de confesores de la China, los también jesuitas Alonso Ramos, Francisco de Aguilera y el secular José del Castillo Grajeda, para confluír en la creación de las tres biografías de la China y la autobiografía de Castillo.⁵

Catarina de San Juan: una personalidad seductora

Es posible que la primera parte de la vida de la China que han narrado sus biógrafos referente a su origen noble, su rapto a manos de piratas y su travesía por los mares hasta desembocar en Acapulco sea cierta, pero también es posible que la trama de las novelas bizantinas influyera para aderezar algunos pasajes.⁶ *Las etiópicas* de Heliodoros,⁷ por ejemplo, narra la historia de Cariclea quien se enfrenta a situaciones comparables con las que narran los biógrafos de Catarina, que debieron deslumbrarse al conocer aquella vida y sus dos grandes aspectos: la historia, por una parte, de misticismo y de religiosidad, y por otra de aventuras, raptos, piratas y búsqueda del destino. Ambos elementos se unieron para dar la rica mezcla en la cual se cocinó la historia de la China. A partir de esto, las narraciones acerca de Catarina cumplen también con estas dos claras vertientes: la aventura, que le otorga al texto un ritmo de novela, y la edificación, que lo acerca a la hagiografía.

En la literatura universal se pueden encontrar muchas novelas de aventuras en donde aparecen elementos que surgen también en la biografía de Catarina. Países exóticos, viajes sin rumbo fijo, raptos

⁵ Aunque el texto de Aguilera es un sermón fúnebre se le ha considerado una pequeña pero bien estructurada biografía. Cfr. María Dolores Bravo Arriaga, "Una biografía ejemplar del siglo XVII, la vida y virtudes de Catharina de San Joan (La China poblana), por el P. Francisco de Aguilera, de la Compañía de Jesús. Puebla, año de 1688", en *La excepción y la regla*, México, UNAM, 1977, p. 129-136.

⁶ Kathleen Myers señala que el rapto que sufrió Catarina de San Juan en su infancia se representa como una novela bizantina. Considero que además del rapto, hay más elementos de coincidencia entre la vida de la beata y los temas de la novela bizantina. En "¿Testimonio para la canonización o prueba de blasfemia? La nueva Inquisición española y la biografía hagiográfica de Catarina de San Juan", en Enrique Ballón Aguirre, *De palabras, imágenes y símbolos*, coordinador, México, UNAM, 2002, p. 367-399.

⁷ Heliodoros, *Las etiópicas o Teágenes y Cariclea*, Madrid, Gredos, 1979. Ésta es una de las novelas bizantinas en las que he encontrado paralelismo en cuanto a aventuras y vicisitudes a enfrentar por personajes jóvenes e indefensos pero marcados con un destino excepcional.

y enfrentamientos con ladrones o piratas, compraventa de esclavos, ignorancia del propio linaje, vuelcos de fortuna, triunfo y a veces derrota en las batallas y por supuesto siempre un final feliz. Teniendo en cuenta los elementos referidos y algunas variantes, se podrían armar muchas de las historias que la literatura ha contado. De las que quizá había noticia o aun oportunidad de leer, aunque probablemente de manera clandestina en la Nueva España, están la clásica *Odisea* de Homero, el "Pasaje del cautivo" en el *Quijote* y *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, de Miguel de Cervantes. Estas últimas, basadas quizá en *Las etiópicas*, que por sus aventuras y vuelcos de fortuna interesó a infinidad de lectores. Sus anécdotas seguramente pasaron de boca en boca con los cambios propios que acarrea la oralidad.

Un tema ya estudiado por Dolores Bravo y otros literatos es la influencia de la novela en la hagiografía, en especial la que enriquece con situaciones y avatares a una vida que desarrolla también la gran aventura del alma en busca de Dios.⁸ La vida del místico, del asceta o del beato está llena de batallas y dudas, pero también de gloria y de triunfo. La perfecta heroína ha de ser hermosa, de buena familia y debe enfrentar cambios de fortuna para darle a la narración el suspenso de la novela; la perfecta santa debe luchar contra el mal sin descanso, debe ser heroica y representar un modelo de comportamiento. Bajo la pluma de José del Castillo y sus otros biógrafos, Catarina de San Juan fue elevada al nivel de personaje y alcanzó la fama por adecuarse a la heroína y a la santa que la literatura y la religión católica habían idealizado.

En cuanto a su desempeño como personaje en el *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catharina de San Juan*, escrita por el bachiller José del Castillo, he tomado como punto de comparación a Cariclea, el personaje central de la referida novela *Las etiópicas*, ya que ambas historias coinciden en diferentes puntos. Para comenzar, ambas protagonistas tienen origen noble. Catarina no recuerda el nombre de su padre ni habla especialmente de linaje, sin embargo, recuerda que cuando era niña algunas personas al verla decían que parecía tener sangre real. Por si esto no fuera suficiente, José del Castillo dotó a su personaje de "padrinos": en primer lugar, la Vir-

⁸ Cfr. María Dolores Bravo Arriaga, "Santidad y narración novelesca en las crónicas de las órdenes religiosas (siglos XVI y XVII)" en *La excepción y la regla*, p. 111-120.

gen María, que funge como partera y recibe en sus manos a la recién nacida Catarina, y, posteriormente, Alonso de la Mota y Escobar, obispo de Puebla, que la confirma. Ambas protagonistas fueron concebidas milagrosamente y también son separadas trágicamente de sus padres para comenzar a vivir sus aventuras cuando son raptadas por piratas. Para su desgracia, ambas son muy bellas, lo cual les acarrea problemas de acoso por parte de los corsarios, pero las dos defienden su virginidad. Una y otra serán vendidas como esclavas. Posteriormente ambas tendrán padres putativos, en caso de Cariclea, Caricles; para Catarina, sus amos, don Miguel de Sosa y Margarita quienes la compraron no porque desearan tener una esclava, sino una hija. Los sueños, visiones y revelaciones de dioses son importantes en las dos historias; en *Las etiópicas* existe la posibilidad de que los hombres se comuniquen con las divinidades mediante oráculos y sueños. Catarina, por su parte, tiene coloquios con Cristo, la Virgen y demás santos, ángeles y almas en su madurez. El sacrificio del cuerpo es también un elemento importante en ambas historias: Teágenes, el prometido de Cariclea, es torturado por aferrarse a su amor y es capaz de morir por ella; para Catarina la lucha con los demonios, la disciplina, el hambre, el frío y los dolores eran un modo de acercamiento a Cristo y en este caso, también, la China estaría dispuesta a destruir el cuerpo para salvar el alma. Finalmente, para ambas protagonistas sobreviene el final feliz, el encuentro con el amor verdadero: para Teágenes y Cariclea su boda, y para Catarina la subida al Cielo después de su muerte.

La comparación de la historia de Catarina de San Juan con la aventura de Cariclea no es más que un ejemplo de la gran influencia que llegó a tener la novela en relatos de vidas. En el caso de la China no hay evidencia histórica de su existencia sino hasta que arribó a Puebla. Desgraciadamente no es posible conocer hasta qué punto la verdad sufrió los retoques de la ficción cuando su historia se convirtió en relato. A cambio, el lector puede deleitarse con la narración y sus ricos elementos. Pero la sociedad probablemente no sólo estaba ávida de escuchar acerca de los giros de fortuna de su héroe favorito. Se necesitaba un personaje que representara los valores colectivos. En el caso femenino ya lo hemos visto: una mujer sumisa y obediente que acatará las difíciles normas que la sociedad novohispana le había impuesto no era suficiente.

Al final de su vida Catarina dictó un testamento,⁹ a pesar de no ser dueña más que de un par de cosas de poco valor, y finalmente murió en enero de 1688 asistida por sus confesores en casa de Hipólito del Castillo y Altra.¹⁰ A raíz de su muerte fue ampliamente biografiada. Su vida no sólo era ejemplo para ser seguido por el resto de las mujeres de todo el virreinato, sino también podría reunir los requisitos para ser elevada a los altares y cumplir así uno de los más ambiciosos sueños criollos. Catarina de San Juan pudo haber sido, como dice Francisco de la Maza, “Santa Catarina de Puebla”.¹¹ Años después la Inquisición lanzaría edictos para prohibir sus retratos, estampas¹² y una de sus biografías.¹³

De las mujeres admiradas en su momento, Catarina representó a lo más marginado de la sociedad novohispana: su condición femenina; la falta de apoyo masculino al ser viuda; la soledad a la que se vio recluida por el hecho de no hablar plenamente la lengua española; la ignorancia; la falta de familia y descendencia; la escasez de amistades; los achaques de la vejez y la imposibilidad de trabajar para proveerse de alimentos y ropa; el ser oriental, o simplemente “china”, como se le llamaba casi indiscriminadamente a cualquiera que hubiera arribado a tierras americanas desde el Pacífico. No obstante, a su paso cautivó a los varones más cultos de su ámbito, no con belleza ni con razonamientos, sino con una intuición mani-

⁹ “Declaro por mis bienes, los siguientes: un niño Jhs. Pequeñito de talla y seis quadritos ordinarios colgados en las paredes de mi cuarto. -Una casuela. -Dos o tres libritos de devoción. -La ropa de mi uso y ruego al Padre Alonso Ramos, mi confesor de la religión Sagrada de la Compañía de Jesús y conventual de dicho Colegio, la distribuya y convierta en limosnas entre pobres y para cumplir y ejecutar este mi testamento, sus mandas y legados, dejo y nombro por mis albaceas testamentos al dicho padre Alonso Ramos y al bachiller José del Castillo Grajeda, Presbítero y al Capitán don Hipólito del Castillo de Alba (*sic pro* Altra)...” Tomado de Rafael Carrasco, *Bibliografía de Catarina de San Juan y de la china poblana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1950, p. 55- 56.

¹⁰ Libro 3 de Entierros, Sagrario de Puebla.

¹¹ Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan: princesa de la India y visionaria de Puebla*, México, Conaculta, 1990, p. 86.

¹² Quizá la Inquisición buscaba los grabados de Pedro de la Rosa como el que se conserva en la edición de la segunda parte de los *Prodigios*. AGN, *Inquisición*, 1691, *Edictos*, v. I, f. 15-17r.

¹³ La biografía prohibida por la Inquisición fue la primera parte de los *Prodigios...* de Alonso Ramos por contenerse en ella “revelaciones, visiones y apariciones inútiles, inverosímiles, llenas de contradicciones y comparaciones impropias, indecentes y temerarias y que saben a blasfemias, abusando del misterio altísimo e inefable de la Encarnación del hijo de Dios, y otros lugares de la Sagrada Escritura, y doctrinas temerarias peligrosas, y contrarias, al sentir de los Doctores, y práctica de la Iglesia Universal sin más fundamento, que la vana credulidad del autor.” AGN, *Inquisición*, 1696, *Edictos*, v. I, f. 16r.

fiesta, una enorme capacidad de observación, amén de las cualidades sobrenaturales que le atribuyeron. Antonio Núñez de Miranda decía que Catarina pertenecía al grupo de *eximie predestinados*, gente escogida con singular providencia y destinada para un heroico grado de santidad.¹⁴ José Vidal se declaraba confundido ante su extraordinaria virtud.¹⁵ Ambrosio Odón se confesaba obligado a venerarla.¹⁶ Miguel Godínez “reconoció en la sierva de Dios muchas señales naturales y sobrenaturales”¹⁷ y José del Castillo admitía sentirse atónito, embelesado y pasmado ante los prodigios que relacionaba con Catarina de San Juan. Todo aquello que en la vida de la China representaba un misterio para sus confesores y allegados, la constituyó como un ser fascinante y encantador: su vida anterior, su mundo lejano y extraño, sus viajes transpacíficos y el insondable mundo interior que manifestaba.

Catarina de San Juan fue biografiada por tres sacerdotes de su tiempo: El jesuita Alonso Ramos, con su obra en tres partes *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan...*(1689, 1690, 1692); el también jesuita Francisco de Aguilera con el *Sermón en que se da noticia de la vida admirable, virtudes heroicas, y preciosa muerte de la venerable señora Catarina de San Juan...*(1688); y el sacerdote secular José del Castillo con su *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catarina de San Juan* (1692).¹⁸ Al texto de Del Castillo se le ha catalogado erróneamente como resumen de la monumental obra de Ramos por dos razones: una, por el título que ostenta su libro, *Compendio...*, otra, porque él mismo en el prólogo de la obra manifiesta que uno de los motivos que lo lleva a publicar la historia de Catarina es porque considera que algunos no tendrán dinero suficiente para hacerse de

¹⁴ Antonio Núñez de Miranda, “Carta preocupativa” en Alonso Ramos, primera parte de los *Prodigios...*, s.f.

¹⁵ José Vidal, “Parecer”, en Alonso Ramos, tercera parte de los *Prodigios...*, s.f.

¹⁶ Ambrosio Odón, “Carta”, en Alonso Ramos, tercera parte de los *Prodigios...*, s.f.

¹⁷ Alonso Ramos, tercera parte de los *Prodigios...*, f. 67.

¹⁸ Los tres textos han sido reeditados. El de Aguilera se publicó cuatro años después de pregonado en la edición de la tercera parte de *Los Prodigios*, de Ramos. Los tres tomos de Ramos se reeditaron en 2004 por Condumex con un tiraje muy limitado y prólogo de Manuel Ramos Medina. Finalmente, el libro de Castillo se reeditó, según Francisco de la Maza, en 1767, aunque no sabemos de dónde toma esa información. En 1946 se editó por Xóchitl bajo el cuidado de Manuel Toussaint y con un breve prólogo de éste. En 1987 Efraín Castro Morales escribió una interesantísima introducción a la más reciente edición del *Compendio*, editado por la Biblioteca Angelopolitana.

la obra en tres tomos del padre Ramos y así “me reduzco a escribir este compendio que tenga sumariamente las virtudes y favores en que se ejerció y recibió de la mano del Señor...”,¹⁹ pero en ningún lugar manifiesta que su libro sea un resumen de los *Prodigios*, pues el término “compendio” se refiere a la vida de Catarina, no al trabajo realizado por Ramos. El mismo autor más adelante dice que escribe porque asistió por espacio de once años y hasta tres veces al día a Catarina, la confesó, vio, experimentó e hizo las pruebas necesarias para verificar la fidelidad de cuanto refiere.²⁰ Finalmente expresa tener

[...] algunas piedras preciosas de aquellas que no llegaron a manos del Reverendo padre Alonso Ramos, o sea para que la aclamación de esta sierva del Señor salga a ser vista con repetidas novedades más piadosamente, descubriendo cada día más prodigios de su omnipotencia, más milagros de su gracia; y se vale para manifestarla, como siempre infinita, de que un tan inútil instrumento como el de mi pluma [...]²¹

José del Castillo, cuya obra casi no ha sido estudiada por los investigadores interesados en el fascinante personaje de la China, no sólo trata aspectos de Catarina no referidos por Ramos y que podrían ser objeto de un ensayo, sino también rescata para nosotros, lectores del siglo XXI, una faceta íntima y cálida de Catarina: su voz. Del Castillo, si bien pudo cometer errores, es el único que trata de reproducir el discurso textual de la China y transcribe la pronunciación, la sintaxis, el vocabulario y las expresiones entregándonos así, generosamente, la esencia de sus conversaciones con Catarina.

Algunos de los confesores de la China de los que tenemos noticia —pues seguramente hubo muchos más—²² escribieron acerca de su experiencia con la beata en los preliminares de los tres volúmenes de la obra de Ramos. Núñez de Miranda, en su “Carta preocupativa”, traza seis señales que le indican que la conducta de Catarina como visionaria es sincera e indiscutible, con lo cual manifiesta lo bien que la conoce. Estas señales son: su perfección, su

¹⁹ José del Castillo, *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catharina de San Juan*, Puebla, Diego Fernández de León, 1692, f. 1.

²⁰ *Ibid.*, f. 1 y 2.

²¹ *Ibid.*, f. 5.

²² Basta leer la carta de Ambrosio Odón en la tercera parte de los *Prodigios* para enterarnos de un sacerdote que suplicaba por confesar a la China y que por diferentes accidentes no lo podía llevar a cabo, s.f.

inocencia, su falta de estimación y amor propio, su humildad, su obediencia y su grado de oración y contemplación.²³

Yo y otros mejores de sus confesores [escribió Núñez] repetían en todas las consultas nuevas siempre la admiración, viendo, notando, ponderando, con gustosísimo aprecio que los favores extraordinarios, visiones y revelaciones de esta esclava de María, su madre y querida esposa de Jesús, su hijo, no tenían solamente una u otra señal indicante y seguro fiador de su verdad y bondad, sino todas juntas.²⁴

José Vidal, un jesuita sobresaliente por su obra y también por su vida, respalda el comentario de Núñez, “reconociendo siempre en [las] palabras y obras [de Catarina], para mi confusión, extraordinaria virtud y santidad, envuelta en una amable sencillez e inocencia, y si el árbol bueno se conoce por sus frutos no puedo dejar de decir que esta prodigiosa vida tiene las propiedades del árbol de ciencia ...”²⁵ De esta manera, confiaba en que “aún los más tibios y del todo perdidos se alentarán con fervorosos deseos a la imitación de tan heroicas virtudes”.²⁶

En ellos surge la admiración pero también preguntas acerca de lo que ven en Catarina. Dice Núñez: “¿Cómo? ¿Por qué, o para qué había de escoger Dios a esta China?”²⁷ La interrogación nos lleva hacia el cuestionamiento que se hace Francisco de Aguilera: “¿Quién es esta dichosísima esposa que sube de el Mundo al Cielo?”²⁸ pregunta retórica que sirve de hilo conductor al sermón fúnebre que escribió para la China. Lo mismo pasa con José Vidal que arranca su parecer exclamando: “¿Qué es esto? ¿Qué es esto?” Refiriéndose a los portentos que veía en Catarina. La admiración de los jesuitas encuentra respuesta en lo inefable. Responde Vidal: “¿Qué había de ser sino el dedo soberano de Dios”.²⁹ ¿Quién es ésta?, repite por décima ocasión Aguilera, y responde: “Dígalo Dios que lo sabe”.³⁰ Y Núñez, a su

²³ Antonio Núñez de Miranda, “Carta”, s.f.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ José Vidal, “Parecer” en la tercera parte de los *Prodigios*, s.f.

²⁶ José Vidal, “Parecer” en la segunda parte de los *Prodigios*, s.f. El jesuita escribe un parecer para la segunda parte más extenso que el que se incluye en la tercera parte.

²⁷ Antonio Núñez de Miranda, “Carta”, s.f.

²⁸ Francisco de Aguilera, *Sermón en que se da noticia de la vida admirable, virtudes heroicas, y preciosa muerte de la venerable señora Catarina de San Joan*, Puebla, Imprenta Nueva de Diego Fernández de León, 1688, f. 1v.

²⁹ José Vidal, “Parecer” en la segunda parte de los *Prodigios...*, s.f.

³⁰ Francisco de Aguilera, *Sermón*, f. 19v.

vez, contesta: “¿Porqué? Por [la] suma bondad [de Dios], y libérrima liberalidad; porque pudo, supo y quiso, por su solo querer. ¿Para qué? Para ostentar su omnipotente bondad y benignidad”.³¹

La odisea que condujo a Catarina de San Juan desde tierras orientales hasta la Nueva España, desencadenó otros hechos: el cambio que sufrió y su travesía al interior de su espíritu que le dio un profundo conocimiento de sí misma; la dedicación de Alonso Ramos entregado a esa tarea que fue el escribir la biografía más extensa de la Nueva España; el cambio de vida que hizo José del Castillo a partir de su encuentro con la figura materna que para él fue la China; los análisis de Ambrosio Odón que remarcaba su fuerza y espíritu combativo cuando la veía caminar hacia la iglesia a confesarse y comulgar aunque parecía “que no podía dar paso, por lo mucho que había padecido en la noche, campo ordinario en que batallaba con todas las infernales huestes”; el texto de José Vidal que la califica de “delicada pero varonil mujer”, pues “su sexo era frágil, y con todo fue varonil en su resolución”;³² y la reflexión de Antonio Núñez de Miranda, que le reveló que el sujeto “más proporcionado de la omnipotencia divina es el más bajo y desproporcionado de objeto”.³³

Sobresale, a mi modo de ver, la templanza y la entrega con la que escribió Ambrosio Odón pues, alejado de la retórica habitual de textos edificantes, omite comparaciones cultas entre la biografada y sucesos bíblicos y mitológicos (como bien lo hacen Núñez de Miranda y Vidal). Ambrosio Odón le regala al lector las anécdotas que más lo han marcado como confesor de Catarina. Si bien narra que nunca tomó apuntes acerca de los casos sobresalientes que la beata le comentaba, parece ser que su memoria guardó varios eventos en forma tan resumida y clara que apenas en trece folios cuenta seis casos de predicción del futuro con ejemplos concretos, pero más que milagros y prodigios, relata su propia sensación al estar frente a la China y habla de “la dicha de tratar a esa escogidísima alma” y de la “lástima [...] que no haya aquí tinta y pluma para escribir lo que tu querida esposa pronuncia, y a la verdad, no llega nuestra elocuencia, ni tienen voces nuestra oratoria para ponderar el espíritu y la lengua [de Catarina]”.³⁴

³¹ Antonio Núñez de Miranda, “Carta”, s.f.

³² José Vidal, “Parecer” en la segunda parte de los *Prodigios...* s.f.

³³ Antonio Núñez de Miranda, “Carta”, s.f.

³⁴ Ambrosio Odón, “Carta”, s.f.

La retórica y los recursos literarios que utiliza Odón son totalmente alejados de los de Alonso Ramos. Como ya ha analizado Francisco de la Maza, Ramos se excedió en las comparaciones, ejemplos y adjetivación que aplicó a la China, entre otros muchos elementos, y eso le impidió lograr su objetivo: promover la beatificación de la China.³⁵ En la autobiografía de Castillo hay pocos comentarios directos acerca de la personalidad del padre Alonso. Para José fue uno de sus mejores confesores, ya que dice: “me alentó mucho con unas palabras, no como los otros confesores que me amedrentaban, sino con unas voces suaves, con una doctrina que se apegaba muy bien a mi alma” (f. 109r.). También manifiesta que pasaba tiempo hablando de Catarina: un día el padre “Alonso Ramos que entonces me confesaba y dirigía mi alma, tenía de huésped un señor licenciado y estaban hablando de la muchas mercedes que Dios había echo a su sierva Catarina de San Juan” (f. 147v.). El padre Ramos terminó sus días con problemas de alcohol. De la Maza calcula que el edicto de prohibición de los retratos de Catarina le hizo perder las esperanzas de que la canonizaran y más tarde esta frustración lo condujo al alcoholismo.³⁶ No tenemos suficientes fuentes para armar un aproximado de la personalidad de Ramos, pero seguramente se sintió ofendido y expuesto al escarnio ante los comentarios inquisitoriales publicados que seguramente fueron leídos por sus colegas, amigos e hijos espirituales.

La autobiografía de José del Castillo Grajeda

Encontré la autobiografía de José del Castillo mientras buscaba en el Archivo General de la Nación de México algún documento acerca de Catarina de San Juan que no se hubiera analizado antes. Luego de leerla me di cuenta que además de ser un documento básico para el estudioso de la figura de la beata, aporta datos relevantes para investigadores del ámbito novohispano de distintas disciplinas: medicina, historia, lingüística, psicología, psiquiatría, etcétera. Francisco de la Maza, apasionado de la vida de Catarina, buscó infructuosamente esta autobiografía. En su libro *Catarina de San Juan, princesa*

³⁵ Cfr., Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan*.

³⁶ *Ibid.*, p. 118.

de la India y visionaria de Puebla, menciona, basado en un comentario escrito por un poblano de siglo XVIII que: "... 'escribió el padre Castillo su propia vida por mandato de uno de sus directores y por su muerte ordenó se entregase al Exmo. Sr. Santa Cruz y en ella dejó escrito que vio el alma del padre maestro fray Rafael (de Estrada) en la gloria...'"³⁷ Esta anécdota, la única que da De la Maza, para el reconocimiento de la autobiografía, es fácilmente reconocible en el texto de Castillo: "...también después de muerto el muy reverendo siervo del Señor fray Rafael de Estrada de la misma orden [de predicadores] provincial que en ella fue y mi confesor a quien debí mucho en santa y admirable dirección. Lo vi glorioso, no tocó pena alguna del Purgatorio" (f. 168v.).

La autobiografía llena muchos huecos en la historia de Catarina de San Juan, del mismo Ramos, de Francisco de Aguilera y disipa todas las dudas acerca de Del Castillo. Al padre Aguilera lo menciona solamente en una ocasión en donde lo hace protagonista de un acto de generosidad correspondida. Le había dado una limosna a José y a cambio éste lo quiso recompensar. Entonces tuvo una visión en la que su Niño Jesús le decía que bendeciría su rosario para que se lo obsequiara al jesuita y que también le daría don de espíritu. Del Castillo, siempre obediente, lo comentó con Juan de Ochoa, su confesor en ese momento, quien le respondió: "'Dele el rosario a el padre Aguilera con otro pretexto sin decirle lo que ha pasado con ese santo Niño Jesús, que no es necesario le diga nada de eso.' Le echó el santo Niño al dicho rosario la bendición y le concedió lo dicho. Yo le llevé al dicho padre Aguilera el rosario y le dije: 'Padre mío, aquí le traigo este rosario que lo tenía mi santo Niño Jesús en la mano. Póngaselo al cuello y tráigalo por ser cosa de mi santo Niño.' Así lo hizo dicho padre Aguilera" (f. 146v).

De Ramos sabemos, gracias a Francisco Zambrano, que se desempeñó como profesor de filosofía en el Colegio de Guatemala. Más tarde, en 1677, fue rector del Colegio de Mérida. Después fue regente de la Universidad de Campeche.³⁸ Antes de 1678 ya había estado en Puebla, aunque no tengo el dato exacto de la fecha y el cargo que ocupó, sin embargo, gracias a la autobiografía de José del Castillo

³⁷ *Ibid.*, p. 34.

³⁸ *Ibid.*, p. 27. Este dato se ignora en el *Diccionario* de Zambrano, aunque José del Castillo en su autobiografía señala que el padre Ramos vivió en Campeche.

se sabe que volvió en ese año a Puebla³⁹ y retomó a Catarina de San Juan como hija de confesión, labor que había comenzado años antes. Otro dato que da la autobiografía es la calidad de Ramos como confesor y su disposición a escuchar aun los más extravagantes relatos: en una ocasión el padre Castillo le refirió que en su casa se escuchaban ruidos y al preguntar quién los emitía, una voz de ultratumba le dijo que era un difunto que había sido asesinado muchos años antes y había sido enterrado en ese predio junto con su caballo. Luego de tantos años el cuerpo reclamaba digna sepultura y el alma misas suficientes para continuar su tránsito. El padre Ramos opinó lo siguiente:

Me dijo que, con el recato que esta materia pedía, solicitase cavar aquella parte. Así lo puse en ejecución, valiéndome para esto del secreto y silencio del señor Rector del Hospital de San Pedro, el licenciado Joseph Cortés de Gálvez, diciéndole con el mejor modo que pude que yo tenía noticia de dos cuerpos que se habían de desenterrar y que necesitaba de dos mozos del Hospital para que con todo secreto se hiciese la diligencia referida (f. 131r).

Según el relato de Del Castillo, los cuerpos de ambos, corcel y jinete, fueron hallados y exhumados para luego ser sepultados en un lugar más adecuado. Las misas corrieron por parte de Ramos, quien se encargó de llevar la paz requerida al difunto.

Otra noticia acerca de Ramos que nos ayuda a armarlo como hombre y no sólo como escritor es la que cuenta Del Castillo acerca un rosario de Catarina. Ella se lo había prestado al sacerdote secular asegurándole que se lo devolvería recién muerta. Para hacer cumplir esta profecía, Castillo le pidió a Ramos, pues él seguramente no tenía acceso al féretro de la China, que se lo entregara: “Yo consulté al padre Ramos este caso y le di mi rosario y bajó con mucho secreto a donde estaba el cuerpo y abrió la caja y le puso mi rosario, según y como ella lo dijo, y volvió a cerrar dejando aquel cuerpo venerable con el rosario puesto” (f. 175v).

Quizá una de las partes más interesantes de la autobiografía sea donde relata cómo y bajo qué circunstancias conoció a la China, cuál

³⁹ Además de la información que da la autobiografía, no tengo más datos que confirmen que el padre Ramos haya vivido en Puebla antes de 1684. José del Castillo menciona que Ramos ya había sido confesor de Catarina de San Juan por un tiempo y posteriormente había cambiado su residencia a Campeche.

fue la impresión que ambos tuvieron y cuáles fueron sus primeras palabras cruzadas. Cuenta José que

Al estar comiendo un día con otras dos personas que toda la conversación se enderezaba a cosas de Dios y a mentar almas muy buenas y de buen vivir, dijo una de las personas, "Ay padre mío, por cierto que ahí entra en la Compañía de Jesús una china que se llama Catarina de San Juan. Es una mujer que está tenida por santa, que es corriente de todo el vulgo ser una mujer de conocida virtud". Yo estuve oyendo lo que decía, y contó algunas particularidades de su virtud que me dieron gran golpe en el corazón y me llenaron de tanta devoción que ya no veía la hora de ir a visitar esa alma y sierva del Señor para pedirle me encomendase a Dios para el acierto y buen suceso de todo lo que me pasaba (f. 68v).

El jesuita que encomendó el alma de Del Castillo a la China era seguramente Ambrosio Odón, pues en ausencia de Alonso Ramos él estaba a cargo de Catarina. Algunos días después le dijo a José: "Deme vuestra merced un abrazo, ya se acabaron sus trabajos. [...] Como digo, me abrazó el padre todo lleno de lágrimas, con un júbilo grande, diciéndome otra vez: Ya se acabaron, vuestra merced, sus trabajos; sepa vuestra merced como habiéndole encargado a Catarina le encomendase a Dios que tenía vuestra merced muchos trabajos, lo hizo Catarina con tanto fervor que anteayer le dijo la Virgen de la Congregación: Catarina mándame decir una misa por ese sacerdote'" (f. 73v).

Pero el interés de Del Castillo no terminó allí. Él quería conocer a esa mujer que lo había encomendado a Dios: "Padre mío, yo seré el dichoso y feliz de ver tal persona y tenerme por uno de sus esclavos, que a tal alma y tal sierva del Señor no soy digno ni aún de besar la tierra que pisa y sólo me tendré por el hombre más dichoso teniendo su comunicación y viéndola para que prosiga en encomendarme a Dios" (f. 74r). Así que unos días después fue a buscarla a su casa, y aunque no tenía más que la referencia aproximada se las arregló para encontrarla: "Catarina salía de su humilde choza para la Compañía de Jesús. Al verla todo me turbé, pero fue una turbación de reverencia grande que sentí en lo interior de mi alma. Al verla me dijo sin haberle yo hablado, 'Padre y señor mío, si me viene a ver, vaya a la iglesia que allá voy'" (f. 74v).

Además de cubrir algunas lagunas en la historia de Catarina y de dar anécdotas diferentes a las que narra Ramos en su obra, otro

de los regalos que brinda la autobiografía al estudioso de Catarina de San Juan y José del Castillo, es el reflejo de uno de los aspectos más sobresalientes del temperamento del sacerdote: a Del Castillo le interesaba explicarlo todo. No solamente deseaba dar a entender las palabras de la China, trabajo que hizo de manera exhaustiva en el *Compendio*, sino también quiso explicar sus sueños, sus visiones, las palabras de otras personas, etcétera. Doy solamente dos de los muchos ejemplos de esta materia: En una ocasión José lloraba copiosamente y ese llanto se prolongó por años, hasta que un día escuchó que Cristo le decía “¡Ea, José! Basta, basta, José”. Y en seguida interpreta las palabras:

Quiero explicar estas palabras que me dijo Cristo, cuya presencia sentí y cuya vista tuve, no ocularmente, sino de las que llaman visiones imaginarias. Las palabras del Señor fueron como he dicho, “¡Ea, José! Basta, basta, José”. La primera inteligencia fue necesaria a la manera que cuando un niño llora mucho y lo coge su padre en sus brazos y con halagos y caricias le dice, “Hijo, calla, sosiégate, no llores”. Así Cristo, viendo que nada de esta vida me acallaba ni me sosegaba fue necesario que, como padre, me dijera aquellas dulces caricias para templar lo destemplado y lo descompuesto del llanto, para consolarme y para que en los brazos de sus dulces voces descansara lo amargo y terrible de mi llanto (f. 40).

En otra ocasión, al terminar sus labores de ayuda a los enfermos en el hospital de San Pedro, salió rumbo a su casa. Llovía, las calles estaban inundadas y él temía mojarse los zapatos y las medias y no poder asistir al hospital al día siguiente, pues pensaba que sus prendas no se secarían para entonces. Luego de pedir de favor una mula que lo llevara y recibir una negativa salió a la calle pensando como irse, cuando pasó un niño a caballo. Lo invitó a subir y en silencio lo llevó a su casa. Una vez que José bajó, le preguntó su nombre, su dirección y también si tenía padres. Luego de responder, el niño se fue y José meditó en las respuestas que aquél le había dado.

[...] me dio a entender mi Ángel de la Guarda que por el amor y caridad que yo asistía a los enfermos, había querido Dios que, en forma de niño, viniese San Juan de Dios a llevarme y sacarme de aquella aflicción. El caballo era el demonio que domesticado y avasallado por el santo, cogió aquella forma de caballo para que yo fuese sobre de él. El no ofrecirme en el camino pregunta alguna no quiso Dios porque por

entonces sólo socorriese mi necesidad y después manifestarme dentro de algún tiempo este prodigio. El decirme que vivía arriba de San Luis fue decirme dos cosas: la primera, que en el Cielo tenía su asiento más alto que San Luis. La segunda, calle de San Juan de Dios, que era San Juan de Dios que salía del hospital donde tiene su iglesia, a favorecerme la caridad con que yo salía del hospital de ejercitar la devoción de enfermos (f. 53).

Del Castillo refiere muchas anécdotas más de los hombres que rodearon a Catarina y de otros que fueron para él conocidos, como Manuel Fernández de Santa Cruz, o admirados, como Gregorio López y Juan de Palafox y Mendoza. Puedo decir, tan sólo, que son cerca de 60 las personas citadas en las líneas de la autobiografía. También por supuesto, aporta datos concretos acerca de la China, a quien le dedica un aproximado de 30 fojas. Lo más notable, por la naturaleza misma del texto, es la revelación de la personalidad de Del Castillo. Gracias a ello es posible entender las relaciones que establece con las mujeres, con sus confesores, su vida disipada, su posterior desengaño, su búsqueda de la figura materna que siempre se le escapa de las manos y la obediencia y sometimiento férreo al confesor.

A pesar de los errores que el o los copistas de la autobiografía pudieran haber cometido, la historia que se narra es consistente y confiable. Algunos de sus pasajes están referidos también en el *Compendio* y en los *Prodigios*. Es posible cotejar algunos fragmentos y comprobar que, a pesar de las copias que pudo haber tenido, el texto se mantiene prácticamente intacto. Se pueden encontrar varios errores del copista, el más frecuente es que conjuga en tercera persona cuando el verbo debería estar en primera. Este error manifiesta una distracción en quien hace la copia, pero por otro lado me hace suponer que al llevar a cabo una tarea de manera mecánica no agregó comentarios o partes ajenas a la obra. Por tratarse de un texto abierto sería relativamente fácil hacer añadiduras y, en la medida que estas fueran bien calculadas, el lector no podría determinarlas. Estoy segura que este no es el caso de la autobiografía.

Catarina, refugio en soledades y desamparos

¿Cuántas madres puede tener un hombre? La primera parte de la autobiografía narra las peripecias de una mujer que hizo lo posible

por abortar. José no da el nombre de su madre biológica, aunque para entonces lo sabe. No da a conocer tampoco la circunstancia a la que ella se enfrentaba, pero es fácil suponerlo. No era una mujer casada frente a un embarazo no deseado. Era una soltera de buena familia con un embarazo secreto y enfrentada al miedo y a la desesperación:

[...] iba yo creciendo en el vientre de mi madre y a ese paso crecía el recato con que me ocultaba, haciendo bastantes desafueros por mal parirme, como aconteció que por ver si lo dicho surtía efecto, procuraba en su casa cargar las cajas más pesadas por ver si al peso o trabajo lograba su desacierto, pero viendo que eso no bastaba, puso por obra un bebedizo que se componía de raeduras de piedra de metate y tomándolo fue lo mismo que no tomarle (f. 1r).

La joven mujer se resignó a no poder interrumpir el embarazo y se refugió en la Virgen: "Señora mía, este niño sea vuestro hijo, corra por vuestra cuenta. Librad el que esta miseria no la sepan mis padres y la notoriedad de mi casa" (f. 1v). Luego de que nació el niño, lo hizo entregar a las puertas de la humilde familia Castillo Vargas, conformada por Andrés, Josefa y sus tres hijas. ¿Por qué eligió a esta familia? Hay varias respuestas posibles a esta pregunta: quizá Andrés del Castillo era el padre biológico del niño, quizá Josefa era conocida por su buen corazón, quizá fue sólo el azar y la prisa de colocar al recién nacido a las puertas de alguna casa decente.

José era apenas un niño cuando murieron sus padres adoptivos. De Josefa refiere algunas noticias, como que había decidido enviarlo a la casa de cuna pero fue persuadida de no hacerlo por un sacerdote que se ofreció a darle dinero para el sustento de la criatura. Enseguida buscó ama para que lo amamantara. Josefa también eligió darle como nombre el suyo propio, José. Fue, sin duda, una mujer que tomaba decisiones en su casa, no así el padre, a quien menciona únicamente en la primera foja y sólo para indicar su nombre. Al morir ellos, José quedó a cargo de sus tres hermanas mayores: Teresa, Tomasa y otra, cuyo nombre no refiere.

Luego de haberse ordenado sacerdote fue declarado hijo natural por parte de su madre biológica. Fue entonces, en el lecho de muerte, cuando la mujer confesó las circunstancias del nacimiento. José omite estos nombres pues, dice, "no es bien que salgan a plaza las miserias ajenas y más las que tanto me pertenece ocultar por defec-

tos proximinales y paternos" (f. 1r). Luego de la muerte de su madre, José se dio a la tarea de indagar acerca de su origen, haciéndole preguntas a la gente que la había conocido. De esa forma armó la primera parte de su propia historia. Es muy probable que el apellido Grajeda, que adquirió en su madurez, sea el de su madre y responda al reconocimiento que ella le dio al final de su vida.

Al crecer, José quedó en compañía y cuidados de Teresa, su hermana mayor. Ella hacía lo posible por guiarlo y darle buenos consejos, pero sin ningún resultado: "Hermano, aunque yo salga a pedir limosna, no faltes a tus horas de comer y de beber y de dormir, que te prometo, como lo he hecho hasta aquí como lo has visto, de esmerarme más en todo lo que yo alcanzare y mis fuerzas pudieren, sólo porque no ofendas a Dios" (f. 11r). En este pasaje queda de manifiesto la irresponsabilidad en que él vivía pues ya siendo sacerdote no contribuía económicamente en su casa y además no obedecía las reglas de su hermana, y por eso la tenía tan mortificada.

Luego de su conversión sustituyó la figura materna con la de la Virgen María. Comenzó a experimentar visiones de ella y frecuentemente se postraba ante su altar para pedirle favores y protección. Su hermana, siempre atenta a sus necesidades, le consiguió una imagen de bulto y le armó un improvisado altar en su habitación: "Cuando yo entré en mi aposento ya me la había puesto sobre una mesa y le encendió dos luces y la compuso con mucho aseo. Me dijo mi hermana, 'Ya tienes lo que buscabas. Dios te haga un santo'" (f. 82v). En ese momento hizo la petición cuya respuesta se tornó en revelación para él: "Yo me arrodillé delante de la Señora y procuré con la mejor devoción que pude decirle que la serviría con cuantas fuerzas fueran posibles. Le dije a la gran Reina que me admitiese por su esclavo. Entonces la Virgen me respondió, 'Eres mi hijo querido'" (f. 83r). Sin embargo, la sensación de orfandad no lo abandonó. En una ocasión le dijo, "Si soy tu hijo, mira por mí, que las madres miran por sus hijos. Yo soy un pobrecito huérfano sin tener a quién volver mis ojos" (f. 84v).

En la madurez recordaría a su hermana, ya muerta, con gran respeto y amor: "Sólo me había quedado el apego a aquella señora que me crió, llamada Teresa del Castillo, a la cual siempre la traté de hermana y la tuve en lugar de madre por la caridad con que me crió y alimentó a costa de sus puntadas y a costa de mucho trabajo en diferentes modos que tuvo de buscarme un pedazo de pan"

(f. 106v). Al morir Teresa, José rearmó su imagen materna con otra mujer, su recién conocida Catarina.

Supo de ella en una conversación casual y pidió su intercesión para que Dios no le abandonara. Catarina acudió por primera vez en su ayuda y no lo dejó, pues su relación se prolongó aun después de la muerte. Su primera conversación tuvo un matiz de suave amonestación que marcó el tono de sus diálogos futuros: "Me llamó y con una política santa y una cortesía suave, llena toda de Dios, me hizo sentar en la grada del altar y me dijo, 'Dime padre, ¿Cómo has andado tan perdido? Dime ¿Cómo has andado tan desbarrancado?' Yo me turbé y no le supe decir más que esto, 'Me perdí por mi mal natural, por mi mala inclinación'" (f. 74v). Pero no fue el regaño, sino el amor y la protección lo que marcó su relación con la China. Desde el principio y sin esperar a conocerlo demasiado, ella le abrió su corazón: "Señora Catarina, sea por amor de Dios todo lo que ha hecho por mí. Pídale a Dios me dé perseverancia". "Así lo hago y lo haré porque Dios te ha traído para mí" (f. 74v). Pero ella no se mostraba solamente como una autoridad que podía cuestionar a un sacerdote recién conocido, sino también como la más humilde de las mujeres. Era sin duda, una buena observadora de su ámbito social y de la naturaleza humana, pues con una sola reverencia se ganó la admiración de Castillo: "'Pues, señora Catarina, quédese con Dios', le dije. Al decirle esto, puso los labios en el suelo donde yo había puesto los pies; heroico acto de su profundísima humildad, veneración y respeto y amor cordial a los sacerdotes" (f. 75r).

Quizá la sensación de desamparo que el padre Castillo manifestaba cuando le decía a la Virgen que era un pobre huérfano, comenzó a superarse con la presencia de Catarina, pues le brindaba buen apoyo práctico y terrenal y también le infundía la certeza de la aceptación que la Virgen sentía por él: "No me dejes de ver siempre que quisieres y tuvieres alguna necesidad corporal o espiritual para que lo encomendemos a Dios muy especialmente. Adiós, adiós, adiós mi ángel". "La Virgen te ha librado de todo mal de alma y cuerpo; mucho te quiere y también te quiere mucho Dios. ¡Ea, quédese el maldito pestífero del diablo para quien es! ¡Ea, ten verdadero amor de Dios y del prójimo, ten verdadera humildad, caridad y obediencia! ¡Ea, mi ángel!" (f. 74v). En este ejemplo se unen las dos vertientes de la personalidad de la beata, pues "haciendo ostensibles muestras de humildad y de desprecio a sí

misma, Catalina se mostraba sin embargo como una elegida, como una de las amantes predilectas de Jesús".⁴⁰

Como he señalado, creo que Catarina fue una espléndida observadora. Quizá muchos de los eventos que la describieron como "conocedora" o "lectora de conciencias" se deban a una desarrollada capacidad para interpretar en el rostro y en el porte del otro su estado de ánimo. No hay que olvidar tampoco que las comunidades en que se desarrollaba la vida en la Nueva España eran pequeñas y todos se conocían. Las noticias fluían con rapidez de modo que no era difícil estar bien enterado de la vida y obra de los vecinos.⁴¹ José del Castillo no dejaba de asombrarse ante aquella mujer que había aprendido a leer en un gesto su estado de ánimo, "Sucedió que como esta vanidad me iba estimulando, al entrar a la iglesia se levantó Catarina, se quitó una camándula con una medalla de El Salvador y Santa Ana y la Virgen y llegándose a mí me dijo, 'Tenga vuestra merced y póngase esa camándula al cuello y no haya vanidad ni vana gloria, que si Dios le hace tantas mercedes es porque quiere y así, vuestra merced procure andar con cuidado en lo dicho y no se quite hasta la muerte esta camándula'" (f. 75v). Tampoco dejaba de sorprenderle que ella estuviera tan plena y rápidamente enterada de lo que sucedía afuera, ya que vivía prácticamente recluida. En una ocasión José iba por la calle rumbo a la Compañía de Jesús cuando un hombre le levantó un falso testimonio. El enojo y desconcierto era tal que al entrar a la iglesia "se levantó Catarina y saliéndome a recibir al paso con un disimulo grande me dijo al oído, 'Vuestra merced diga misa y no se inquiete. Dios volverá por vuestra merced ya veo que es testimonio, vuestra merced no averigüe nada, sino no haga caso que es el maldito que lo pretende turbar e inquietar'" (f. 106v). José siempre encontró algo milagroso en este tipo de acciones y comentarios.

José reconocía a Catarina como una maestra. Este fenómeno, en el que el varón, el confesor, se coloca a sí mismo por debajo del estatus de la beata, no fue raro. La admiración que ella provocaba en el joven sacerdote (debió ser cuarenta años mayor que él) lo llevaba

⁴⁰ Antonio Rubial García, *Profetisas y solitarios*, México, FCE, 2006, p. 60.

⁴¹ Antonio Rubial dice que uno de los medios por los cuales las beatas se hacían de adeptos era, precisamente, el buen manejo de la información, "preguntar a todo el mundo sobre sus vecinos y crear un banco de datos que después serían muy bien utilizados para adquirir prestigio como conocedores de conciencias", *Profetisas y solitarios*, p. 68.

a aceptar comentarios y pedirle abiertamente consejos. Dice José: “harto provecho sacó mi alma de su comunicación porque puedo decir que fue mi maestra, y quien me dio a conocer y a entender muchas cosas, muchas que yo ignoraba porque en esto he sido siempre una bestia” (f. 102v). En la relación entre José y Catarina hay una clara reversión del papel que desempeñan, en donde él muda su papel activo por uno pasivo y dependiente.⁴²

Como toda madre, Catarina veía por la salud de su hijo. José cuenta la anécdota de cómo una voz angelical le reprendió por haberse quedado con un pequeño recipiente que la China le había prestado. Sin embargo, el incidente sirve para descubrir el modo en que ella estaba pendiente de su salud, “Me dio en una ocasión un dolor de garganta y quejándome con Catarina me dijo que me untase un poco de aceite de almendras dulces. Yo le respondí, ‘Ni tengo para comprarlo, ni tengo donde pedirlo, ni tengo en que llevarlo’. Me respondió, ‘Yo tengo aquí un poquito en una escudillita, llévelo vuestra merced y póngaselo’” (f. 103r). A cambio de sus muchas atenciones, él también estaba pendiente de las necesidades de la anciana, pues de vez en vez escuchaba una voz que le decía: “‘Catarina te espera’. Otras veces me decía, ‘Catarina te llama. Ve a verla, que lo necesita’. En estas cosas me parece que siempre hallé verdad, pues cuando yo entraba, la hallaba esperándome con muchas ansias, o para algún encargo, o para que le solicitara al médico, o para que la reconciliara por no poder ir ella a la iglesia por sus enfermedades” (f. 101v).

El papel de Catarina como proveedora de José está bien documentado en la autobiografía. Se conoce la condición de pobreza en la que vivía la beata y, por tanto, de hambre, y aunque manifestaba sentirse satisfecha sólo con la hostia porque eso la colmaba, entendía la necesidad de José y se daba a la tarea de buscar comida para él: “Esta sierva del Señor, viendo mi mucha necesidad, buscó una persona donde yo fuera a comer, de limosna, una cuaresma que tuve necesidad de comer carne porque ya comenzaba a estar enfermo” (f. 91r). Pero no sólo buscaba comida para él, sino que le daba la propia:

El padre Manuel Gonzáles le había dado una mañana un poco de chocolate y azúcar envuelto en un pliego de papel. Yo acababa de decir

⁴² *Ibid.*, p. 61.

misa y me estaba esperando para darme el chocolate que el padre le había dado. Me lo dio diciéndome, "Mire vuestra merced, no diga a nadie nada. Mire que lo sentiré mucho". [Me acerqué] al padre Manuel y le dije, "Qué le parece a vuestra merced cómo Catarina me ha dado este chocolate y me ha dicho no lo diga a nadie". El padre se rió y me dijo, "Pues ese chocolate, le dije no lo diera ni aún a vuestra merced". Estuvimos admirando su caridad y me despedí del padre cuando ya Catarina me esperaba al paso para reprehenderme diciendo, "Dime padre, padre mío, qué necesidad tienes de haberle dicho al padre 'Catarina me dio este chocolate.' Vuestra merced coma y calle y otro día no diga nada" (f. 104r).

En ocasiones no era en especie la ayuda, sino en efectivo. Un día salió a conseguir un real para comprar algo de pan y como no tuvo suerte, fue a buscar a Catarina, pues sabía que ella lo socorrería.

"¿Cómo le va a vuestra merced?" Yo le respondí, "Bien, gracias a Dios, aunque no falta pobreza y salí a buscar pan". Ella me respondió sonriéndose modestamente, "Vaya vuestra merced que ya lleva". Yo me despedí, y como no entendí lo que me decía, estaba vacilando, [...] contingentemente me hallé en la faltriquera cuatro reales. Yo me quedé atónito de verme con dinero que no tenía, ni menos persona alguna me lo había dado, ni yo lo había pedido, ni yo tenía un medio real. Al fin, yo admiré el caso y hasta hoy que me acuerdo del suceso, me pasmo. Yo gasté los cuatro reales admirando el prodigio y di infinitas gracias (f. 90v y 91r).

No solamente lo auxiliaba en cuanto a los alimentos, sino también en el vestido. Una mañana, José, embestido por una plaga de piojos, se vio en la necesidad de despojarse de la ropa interior y salió a la calle únicamente con sotana y manteo. Hizo su habitual visita a Catarina y sin contarle nada de lo que le incomodaba, sucedió lo siguiente:

[...] hallándola ya vestida, que era bien de mañana, me dijo: "Vuestra merced vaya de presto a ver a mi confesor". Y sin aguardar otra razón me partí a ver al confesor por el cuidado en que me pusieron sus razones. Entré a ver a su confesor que entonces era el padre Ambrosio Odón de la Compañía de Jesús, el cual, en viéndome, me mandó sentar y me preguntó: "Señor licenciado, ¿qué es lo que a vuestra merced le falta?" Yo le respondí la primera vez que pobre estaba pero que no me faltaba nada. Volvió a replicar el padre con más aprieto y entonces le descubrí mi necesidad y lo que me había pasado aquella noche. El cuerdo padre

me dijo: “Vaya vuestra merced a tal parte que hay orden de que le vistan lo que le faltare y a la tarde venga y llevará dos camisas y otras cosas de lienzo que vuestra merced necesita” (f. 91).

Más adelante, el padre Castillo volvió con la China esperando una explicación de los hechos. El día anterior ella había tenido una visión de Cristo que le decía, “Vísteme Catarina” y había entendido que debía dar su ahorro de veinte pesos en limosna para el vestido del primero que llegara a su casa. Así que le había llevado el dinero a su confesor para que él mandase confeccionar las prendas necesarias.

“Lo que sé decir”, expresa José del Castillo con respecto a su relación con la China, y aduciendo a las horas en que la veía en visiones o en persona, “es que en estos trabajos se aparecía delante de mí con la modestia de vestido y palabras que ella tenía y unas veces me consolaba con tales razones que quedaba bien fortalecido; otras veces me aconsejaba y decía como me había de ejercitar en cualesquiera cosa que hacía; otras veces me corregía con blandura las muchas faltas que yo hacía; otras me citaba para su casa para decirme algunas cosas pertenecientes a ella; otras veces me acompañaba en mis soledades y desamparo” (f. 101r).

Mudanza a las puertas del Espíritu Santo

Ya se ha mencionado que la relación entre José y Catarina no fue la del sacerdote que con mano fuerte gobierna el alma de su hija de confesión, al contrario. Sin embargo, no es insólito que la personalidad de la hija se impusiera, pues “sucedió incluso, a veces, que la relación se revertía y los confesores solicitaban el consejo o hacían uso de las capacidades intercesoras de sus confesandos, trocando su papel activo por uno pasivo y dependiente”.⁴³ Catarina era ya una mujer madura y José apenas un joven que buscaba un camino a seguir. La diferencia de edades, la experiencia de vida y el halo de santidad que maravillaba a la gente que la conocía, fueron elementos determinantes para que José se prendara de ella.

A pesar de la pobreza, la vida le había ofrecido varias cosas a José. Cuenta en su autobiografía que fue un estudiante dedicado que

⁴³ *Ibid.*, p. 61.

comenzó a los nueve años la gramática y enseguida lo enviaron a la sierra a estudiar la lengua totonaca. Luego terminó sus estudios de teología y se graduó en artes.⁴⁴ Refiere haberse ordenado subdiácono a título de suficiencia y lengua totonaca. Posteriormente se fue a Guadalajara para ordenarse presbítero. En esa temporada viajó mucho y en la autobiografía relata varios accidentes y aventuras de trotamundos, pero lo que sobresale en la narración son cuatro intereses esenciales que tuvo en la juventud: galas, juego, música, y cortejo. Él mismo lo cuenta: “era yo muy amigo de parecer un clérigo muy entonado, muy presumido de estudiante y en verdad que no era sino bien inútil. Me preciaba de muy galán, de muy aseado, de muy valiente, de que toda la ropa fuese de seda, que hubiera muchos olores, muy inclinado a la caballería, perdido por hacer versos” (f. 5v). Vestía los hábitos desde los trece años y en cuanto pudo procuró que la sotana fuese de seda. Ya avanzado en sus estudios dice: “tenía más libertad en mi casa y en la calle más respeto, [y] creció más el número de mis diversiones” (f. 10v). “Creció la libertad viéndome ya sacerdote, ocasión a que crecían más y más los pasatiempos y las diversiones. Todo era ocuparme de hacer versos de sainete, todo era darme a la vihuela, y si fuera esto nomás, aún vaya, pero el caso es el mal uso con que yo lo ejecutaba” (f. 19v).

Este joven sacerdote no sólo era un “eminente jugadorcillo” que se consideraba “gran oficial de bellaquerías hasta en el modo de tomar tabaco y cómo había de torcer los tabacos y tragar el humo”, que divertía las reuniones “con la vihuela porque gustaban oírme puntear” y que en ocasiones dejaba la sotana en casa por salir con espada, sino también pasaba por alto su voto de castidad como lo muestra esta anécdota:

Me dieron ganas de ir a México en compañía de otro caballero. Procuré escaparme de la cátedra para hacer este viaje. Comencé a buscar algunos aliños y aseos de ropa para parecer bien. Andaba en estos días pensando dos mil vanidades y pasatiempos que había de hacer llegando. Como pude me avié lo mejor. Ya tenía hecha la maleta y dispuesto el día que había de salir [...] Llegué a México en dónde, con la concu-

⁴⁴ Los documentos probatorios de su examen como bachiller en Artes no dan datos relevantes de su vida, sólo destacan el modo en que Del Castillo fue evaluado y califican su desempeño durante el examen. También aportan, como datos curiosos, los nombres de los sinodales. Gracias a estos documentos es posible conocer la letra y la firma del bachiller José del Castillo. AGN, *Universidad*, v. 143, f. 747-749, 773-774.

rrencia de tantas ocasiones, me dejé llevar fácil de una, y al cuarto día quebré la promesa [de castidad] que hice a la Virgen (f. 22v y 23r).

La juventud de José del Castillo si bien fue de estudios y afanes, también lo fue de vanidad y fiesta, lo cual le causaría después mucha culpa. Intentó en varias ocasiones mudar de comportamiento sin conseguirlo: rompía promesas hechas a la Virgen y a Cristo; si le encargaban decir una misa, lo olvidaba y gastaba el dinero; si tenía que acompañar la procesión de un reo en vez de confortarlo se ostentaba a sí mismo; y cuando escuchaba ruidos y voces que lo llamaban a la virtud, olvidaba enseguida el temor a Dios por seguir adelante:

Me ocupé en desatinos como fue el usar muchas galas y aseos profanos, y aunque pobrísimo, procuraba que la ostentación exterior no faltara y quizá más de una vez andaba la seda y la lana, el terciopelo por fuera y dentro sin andrajo de camisa. Ocupé el tiempo en hacer muchos versos y malos, pero nunca me persuadí ni dije mal de nadie aunque todo fue chanza y cosas de agudeza. También en ser danzarín, la vihuela nunca se me caía de las manos, leí muchas letras humanas, gasté, por último, todo este tiempo en variedad de mocedades y ninguna con ápice de virtud, sino todas con vicio de malicia. Distraidísimo mozuelo fui, escandalosísimo por cierto y por la verdad no hay aritmética para mis innumerables maldades que por no escandalizar más que hasta lo que aquí se a visto, no declaro mucho más que esto que he dicho, porque aquí pueden examinar quién fui y quién soy (f. 34v y 35r).

Uno de los muchos intentos por mudar de comportamiento vino después de una serie de eventos sobrenaturales que comenzaron con una visión que tuvo de Cristo similar, dice, a la que tuvo san Pablo, y terminó en un llanto por arrepentimiento que se prolongó por años y su confesión general. A partir de entonces buscó un padre espiritual que lo guiara, pues empezaba a tener experiencias extraordinarias, como visiones de ánimas del Purgatorio y contacto con su Ángel de la Guarda. Fue entonces cuando conoció a Catarina y a través de ella se allegó a la Compañía de Jesús.

Cuando José le contó a Catarina los problemas que había tenido para conseguir un confesor y no lo había logrado, pues había pasado por frailes y seculares y con ninguno se había establecido, ella de inmediato lo recomendó con uno de la Compañía que él había visto. Al respecto, el confesor le dijo:

“Señor mío, yo confesaré a vuestra merced de muy buena gana y le consolaré con lo que pudiere y advierto a vuestra merced que he tenido en recibirle gran repugnancia y que le confieso que siempre que yo le veía y le encontraba por la calle era grande el tedio que me causaba el verle y esto se ha convertido en mí en una grande voluntad y esta mudanza, crea que no le puedo decir la causa, pero lo que digo es que venga a todas horas y que así en lo espiritual para su consuelo, como en lo temporal de su necesidad haré cuanto pueda”. De esto entendí que Catarina, viendo mis buenos deseos, se lo había pedido al dicho padre (f. 96).

Este confesor, de quien discretamente omite el nombre, y otros como Ambrosio Odón, Alonso Ramos y Juan de Ochoa tuvieron contacto con José gracias a Catarina de San Juan. Probablemente él no fue un hijo especial para ellos,⁴⁵ sino uno más. Sin embargo, José los admiraba, los respetaba profundamente y quizá también por influencia de la China es que fue cambiando de padre espiritual para acercarse más a ella. Pocos años después de que la China había vuelto con su confesor de años atrás, Alonso Ramos, él también solicitó su cambio: “En este tiempo le dije al padre Ambrosio Odón, mi confesor, como yo quería tratar las cosas de mi alma con el padre Ramos porque me parecía gusto del Señor, y con esto convino en ello el padre Ramos” (f. 109r).

Una vez allegado al mundo jesuita, José quiso profesar como tal, pero era imposible. En las *Constituciones* de la Compañía, apartado “Examen general” capítulo segundo, parágrafo 27, dice que no puede pertenecer a la Compañía quien ha “tomado el hábito de religión alguna de frailes o de clérigos viviendo algún tiempo con ellos en obediencia, hecha profesión o no.”⁴⁶ Sin embargo, era tal su deseo por profesar que un día le sobrevino una visión en que san Ignacio le decía: “Y ya que tú, por tus enfermedades, no puedes entrar en la Compañía, es necesario que te demos la profesión desde el Cielo’. Esto vi desde el puesto donde yo estaba que instantáneamente fui llevado donde estaban los dos santos [san Ignacio y san Francisco

⁴⁵ Excepto quizá Juan de Ochoa, quien fue el depositario de la autobiografía y basándose en ella escribió una biografía de José del Castillo a la que tituló *Espejo en que se representa el engaño y desengaño*. Esta información la da Diego Antonio Bermúdez de Castro, en su *Catálogo de los escritores angelopolitanos*, 1744, manuscrito, *apud* Efraín Castro Morales en su introducción al *Compendio* de 1987.

⁴⁶ San Ignacio de Loyola, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997.

Xavier] y me dieron la profesión entre los dos de padre jesuita y con esto me dijeron, 'Ya puedes confesar y tratar a Catarina'" (f. 102). Por supuesto, no fue ese el motivo por el cual comenzó a confesar a la China, sino por las peticiones de ella y el permiso que, por otro lado, le brindó el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz para confesar mujeres. De ese modo el deseo de pertenencia a la Compañía que José manifestaba, se vio parcialmente satisfecho. Este episodio recuerda a la misma Catarina cuando le dijo a Ramos que habría deseado ser varón y jesuita.⁴⁷

Finalmente, otro punto importante de la relación entre José y Catarina que he elegido para ilustrar como lo acercó a la Compañía, es el tema de Juan de Palafox. Por una parte, en *Los prodigios* Ramos narra algunas visiones de Catarina que incluyen al obispo. El mismo José la escuchaba hablar de él recordándolo como un excelente prelado y señalando que había sido especialmente generoso con ella. Por otra parte, en la obra de Ramos, el jesuita había invertido mucho tiempo, esfuerzo y dinero como para darle promoción a una figura tan controvertida en su ámbito. ¿Por qué aparece Juan de Palafox en la obra de Ramos? Antonio Rubial menciona que "a partir de la segunda mitad del siglo XVII, la figura de Palafox traspasó los límites de un mero personaje histórico: su autoridad era evocada para darle verosimilitud (como un argumento retórico) a las biografías y a los procesos de venerables, monjas, beatas y ermitaños".⁴⁸ Efectivamente, es probable que en *Los prodigios* el obispo aparezca como sustento del texto y así ayude a cumplir los objetivos de una biografía edificante.

José del Castillo, en su autobiografía, también habla del obispo. Para él, como sacerdote secular, Palafox era una figura fundamental. Algunas de las conversaciones que tuvo con la China reflejan las dudas de Del Castillo acerca de su sentir respecto al prelado. Pienso que, a diferencia de las biografías que estaban destinadas a la prensa, en el caso del texto de Del Castillo no se trata de un elemento retórico para sostener la verosimilitud de la autobiografía, pues ésta es resultado de un ejercicio de interiorización hecho por mandato. La diferencia radica en el fin último que persigue la obra y en el caso

⁴⁷ Vid. Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan*, p. 96 y 97.

⁴⁸ Antonio Rubial García, "El rostro de las mil facetas. La iconografía palafoxiana en la Nueva España", en José Pascual Buxó, *Juan de Palafox y Mendoza. Imagen y discurso en la cultura novohispana*, México, UNAM, 2002. p. 301.

de una autobiografía manuscrita no destinada a una lectura pública sino al confesor para el mejor escrutinio de las almas, los pasajes en que José narra sus conversaciones con Catarina acerca de Palafox no son necesariamente elementos que sustentan y dan credibilidad a la obra. Estos pasajes tampoco convierten a la obra en un texto de propaganda a favor del obispo —si es que alguien pudiera pensarlo así—. Es evidente que en los fragmentos que recrea esta conversación con Catarina, José está armando dentro de sí un juicio en el que ambos, la Compañía de Jesús y el obispo Palafox, quepan de manera armónica, alejado de los viejos conflictos cuyo rumor todavía persistía en Puebla.⁴⁹ “Tuve a los principios de conocida a Catarina”, dice José, “deseo de saber a qué parte se inclinaba: si se iba la balanza más a una parte que a otra”. Y ella respondió, “yo soy muy amante a la Compañía de Jesús y de todos sus hijos porque les he debido mucha enseñanza y porque son todos siervos de Dios, y porque Dios y la Virgen Santa María los quiere mucho; y también soy muy amante del señor obispo Palafox porque le debí mucho y porque ha cuidado siempre de su mesa de enviarme algún alimento” (f. 105r). De este modo Catarina le mostró a José que era posible deberle gratitud a las dos partes sin ofender a ninguna. Años más tarde, cuando ella estaba recién enterrada, él, convencido por los argumentos de la China, tuvo una visión en la que dice: “vi que el glorioso San Ignacio y San Francisco Xavier en su iglesia salieron de la sacristía y levantó la cortina San Ignacio y la tuvo hasta que salió el venerabilísimo señor don Juan de Palafox. Se sentaron en tres sillas en el presbiterio a el lado derecho San Ignacio y al lado izquierdo San Francisco Xavier y en medio el señor don Juan”. Luego, supo que “iba el señor don Juan a registrar y visitar el cuerpo de Catarina. Yo, admirado de esto, vi entonces que quedaron en guarda los dos santos, ínterin el señor don Juan entró en la bóveda donde estaba el cuerpo de Catarina” (f. 176).

Poco tiempo después se presentó una nueva estampa que reproducía a Catarina de San Juan junto al obispo Palafox.⁵⁰ La estampa pudo haber tenido una buena recepción o no, pues seguramente habría gente aún dolida por el viejo conflicto entre Palafox y los je-

⁴⁹ Vid. Olimpia García Aguilar, *Escribir por mandato: un estudio introductorio a la autobiografía de Joseph del Castillo*. Tesis de maestría, México, UNAM, 2005.

⁵⁰ AGN, *Inquisición*, v. 640, exp. 2, f. 4v.; *Edictos*, v. 1, doc. 14, *apud* Antonio Rubial García, “El rostro de las mil facetas...”, p. 304.

suitas, pero también es probable que algunos compartieran el sentir de reconciliación que manifestaron Catarina y José del Castillo.

La influencia y la edificación

La influencia de la China sobre José puede verse en varios ámbitos y a todo lo largo de la autobiografía. Ella, como ya he mencionado, gozaba de una personalidad que en aquel momento resultaba seductora: la gente le pedía favores de intercesión divina, escuchaba sus profecías y, a cambio, le daba limosnas y le hacía favores prácticos. Algunas personas la visitaban por mera curiosidad como lo refiere Castillo en el *Compendio*. Su esfera de influencia incluía, por supuesto, a sus confesores y en este caso quiero referirme particularmente a José del Castillo. En la autobiografía es posible encontrar elementos que me hacen pensar en una fuerte y directa influencia de la China sobre él. Estas son sus devociones, sus visiones, su vocabulario y su visión de la enfermedad, sólo por nombrar algunos.

La devoción de la China por la figura del Niño Jesús es uno de los temas tratados por Alonso Ramos en diferentes capítulos de su obra. Al igual que muchas beatas novohispanas, ella estaba apegada a esta imagen. La veneración al Niño Jesús fue popular entre mujeres, monjas o no, especialmente en el mundo barroco donde “se convirtió en uno de los temas más importantes del repertorio iconográfico...”⁵¹ Catarina tenía una efigie que adoraba y aunque no era hermosa, la procuraba en todo sentido. Cuenta Alonso Ramos en el segundo tomo de los *Prodigios* que cuando la China escogió para objeto de sus sentidos y potencias a la imagen del Niño: “vestíala, componíala y enriquecíala y lucía cuanto podía. En ella ofrecía a Dios sus oraciones: arrimábala al pecho, besábale los pies y con ella descansaba y vivía”.⁵² Luego de haberle atribuido muchos milagros al Niño, un día José se sintió necesitado de él y lo pidió prestado. Al respecto, relata lo siguiente:

Al fin, yo llevaba al santo Niño Jesús de Catarina debajo de mi manteo [...] yo me puse de rodillas y me estuve gastando grande tiempo de la tarde diciéndole, “mi Rey”, “mi Señor”, “mi Dios”, “mi amado”, “mi

⁵¹ Antonio Rubial García, *Profetisas y solitarios*, p. 147.

⁵² Alonso Ramos, segunda parte de los *Prodigios*... f. 33v.

príncipe", "mi conde", "mi duque", y todo aquello que el desatino de un amor puede hacer y decir (f. 107).

Es fácil, al leer la autobiografía, encontrar paralelismos en las visiones de Catarina y de José. Ellos compartían el concepto de Cielo, Purgatorio e Infierno no sólo de acuerdo a el imaginario de la época. Es evidente que, durante sus conversaciones, influyeron el uno sobre el otro, hasta armar un mundo común en el que tenían referentes aproximados. Me inclino a pensar que era Catarina quien marcaba la pauta acerca de los temas o los personajes o incluso el vocabulario con que se expresaban. Por ejemplo, una de las visiones más dulces de la China es la de santa Ana, relatada en el Compendio: "[...] en otra ocasión se retiró de sus padres, caminando ligera a la soledad [...] buscaba como ciervo sediento aguas vivas para refrigerar la llama que abrasaba su corazón". Prosigue,

"aquí fue cuando las de un río caudaloso la detuvieron y quedándose suspenso, que más se quedó viendo repentinamente a la señora santa Ana (repetida vista que le hizo, entre muchas, la soberana Matrona) la cual le preguntó: '¿Qué es lo que haces aquí, niña? Entonces Mirra, postrada de rodillas le respondió: —Señora, aquí estoy echando llanto para mí; tengo grandis miedo dil hombres"⁵³.

Hay varios elementos que se pueden comparar con la siguiente visión que tuvo José: el ambiente apacible, la tierra, el campo, el arrebatado que viven y los transporta ante la santa, el breve diálogo con la divinidad y, por último, la bondad de santa Ana manifiesta en un gesto que le brinda consuelo inmediato, igual que a Catarina:

Yo me estaba encomendando a Dios, cuando de repente me dijo mi Señora la Virgen María, "Hijo, ¿quieres ver a tu abuela?" Yo le respondí, "Si, Señora". En esto fui arrebatado a una parte como un campo muy espacioso, pero era todo este campo engolfado de una caridad muy apacible. Me vi hincado de rodillas a los pies de mi señora santa Ana, que estaba sentada como en una tarimita pequeña alguna cosa. Corva la nariz, el rostro un poquito como rejávido pero muy apacible y halagüeño. En la cabeza tenía una toca de lino puesta con tal compostura y modestia, que me acuerdo que incliné los ojos hacia bajo viendo tan gran venerabilidad. Levantó la mano santa Ana y con una caricia grande me la puso sobre el rostro, si bien no me habló cosa,

⁵³ José del Castillo, *Compendio*, f. 14.

porque hartó y muchísimo me dio a entender con tan supremo favor de haberme puesto la mano sobre mi sacrílego rostro. En esto volví en mí (f. 94v y 95r).

El Purgatorio es quizá uno de los lugares sobrenaturales más claramente dibujados en la mente del novohispano. La aparición de almas provenientes de aquel sitio en la habitación de Catarina era un hecho recurrente. Le solicitaban que pidiese por ellas para que, por fin, terminara su estancia en tan terrible lugar: “[...] era la copia de las almas que veía en su aposentillo sinnúmero, las penas que la rodeaban sin explicación, sus lamentos sin par, diciéndola cada una: ‘Duélete de mí por amor de Dios’. Otras le decían ‘Encomiéndanos a Dios’. Y en habiendo desaparecido comenzaba la llama de su amor a clamar ante el soberano Juez, siendo las palabras y las voces tan lastimeras y tan llenas de caridad que el Señor que las escuchaba le daba infinitos consuelos a pocos instantes”.⁵⁴

Las visiones del Castillo eran similares, aunque como él no estaba tan libre de pecados como ella, su experiencia tenía otro matiz, ya que en su juventud había cobrado muchas misas y había pasado por alto el decir las, así que un día, cuenta,

... vi junto a mí muchas sombras en forma de hombres y mujeres. Como yo no había visto esto antes, me comencé ha asustar, aunque luego me sosegué. Me parece que de verlas me ardía en un amor de Dios grande y con una lástima terrible, porque me dio a entender mi ángel que eran almas del Purgatorio y más cuando, en medio y andando al rededor de mí decían, “Venimos por lo que es nuestro”. Al punto entendí eran aquellas almas por quienes había yo recibido las misas que referí y por mi causa estaban todavía en el Purgatorio. Yo les respondí, “Señoras mías, vuestras mercedes me perdonen. Yo clamaré a Dios ínterin voy diciendo las misas” [...]... En esto desaparecían (f. 87v y 88r).

La lucha contra el mal es otro de los temas que la China y José compartieron. Ambos eran azotados en su habitación por los demonios; ambos amenazaban y peleaban físicamente con ellos; ambos eran tentados para que no pidieran por otros. El encuentro se daba en su aposento, los dos eran instados a pedir a Dios sólo para ellos; ambos se imponían sobre los demonios ya enviándolos lejos, ya sosegándolos. A Catarina le decían: “¿Quién te mete en pedir por

⁵⁴ *Ibid.*, f. 71.

otros, China embustera? Pide para ti sola y deja los demás". A las cuales palabras respondía: —Eso no, pestífero malditos; vayas en el profundos".⁵⁵ A José le gritaban:

"Ah, Josecillo, ah, cuerno, ah, puerco, para qué pides por otros, pide sólo para ti y no te metas en pedir por otras cosas"; otros me dicen, "Nos lo has de pagar en estando con nosotros"; [están] conmigo encima de mi cobertor o almohada, que ya no se me da nada, antes he hallado, para aventarlos algunos ratos, decirles, "¡Ea, estense! Hagan lo que quisieren que por lo menos me sirven de diversión" (f. 92v y 93r).

Otro de los aspectos que se pueden comparar entre Catarina y el padre Castillo es el modo de hablar de sí en forma despectiva. Aunque es uno de los rasgos comunes en la retórica de la época, lo que quiero señalar aquí es el uso de un vocabulario en común, específicamente de la palabra "caballo", muy usada por ambos para calificarse. Puedo pensar que se trata también de la influencia en el habla de uno sobre el otro. Solía decir la China: "¿Qué dirán si saben que un bozal china, que un caballo, ha comido en mesa de vuestra divina Majestad?"⁵⁶ Cuando surgían dudas en ella, preguntaba, "¿Qué es esto padris? Yo parece que no soy cristiana. ¿Qué es lo que por mí pasa? ¿Soy bestia o Catarina? ¿Soy el caballo o soy criatura del Redentor mío?"⁵⁷ Y José decía respecto a sus conocimientos: "yo soy un grande bestia y grandísimo caballo" (f. 10v). Y en sus diálogos con la Virgen: "Tienes mucha razón Señora mía, y dices muy bien. Perdóname que soy un caballo y no sé lo que digo" (f. 83v). Esta palabra cobra especial sentido si se analiza. De primera ojeada se puede pensar que decir caballo equivale a decir bestia. El *Diccionario de la lengua española* define "caballo" como mamífero que se domestica fácilmente, y otras acepciones imposibles de relacionar con el sentido que le dan la China y José. Ni el DRAE ni el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián Covarrubias le dan un significado de "bestia", pero es interesante ver que en ambos diccionarios la entrada para Bestia sí arroja como resultado el concepto de "caballo". El DRAE dice en su segunda acepción "animal doméstico de carga, por ejemplo, el caballo..." *El tesoro de la lengua* lo describe

⁵⁵ *Ibid.*, f. 99.

⁵⁶ *Ibid.*, f. 49.

⁵⁷ *Ibid.*, f. 96.

como “nombre genérico que comprende todos los animales irracionales [...] ordinariamente se toma por los animales de cuatro pies, corpulentos, de los cuales unos son domésticos, como el asno, el mulo, el caballo, etcétera”. Otra definición que da el DRAE es “persona ruda e ignorante” y Covarrubias dice: Bestia “llamamos al hombre que sabe poco y tiene pensamientos bajos, semejante en su modo de vivir a los brutos”.

¿Por qué utilizaban la palabra “caballo” para autodenigrarse cuando existían otras palabras de uso común para el mismo fin? Quizá la respuesta no esté en los significados que pueda tener “caballo” en español, sino en el sentido que la daba la China que creció en una cultura diferente a la novohispana y con una lengua materna lejana al español. Al analizar el caballo como símbolo, Jean Chevalier sostiene que “no es un animal como los otros. Es la montura, el vehículo...”⁵⁸ Cuando cae la noche y el jinete pierde visibilidad, el caballo puede ser un vidente o un guía. En algunos ritos de Asia Menor y otras regiones “el hombre, es decir, el poseo, se convierte en caballo, para ser montado por un espíritu”.⁵⁹ ¿Sería “caballo” realmente un término autodenigrante? Dice Chevalier que el caballo es “el poseído, adepto de los divinos misterios, que abdica de su propia personalidad para que la de un Espíritu superior se manifieste a través de él”.⁶⁰ José del Castillo estaba consciente de ser un instrumento de Dios para que a través de él se cumpliera la voluntad divina. Decía que el poder que manifestaba para curar enfermos por medio de lecturas del Evangelio le provocaba inmensos dolores, y estos dolores, miedo, pero se reconocía como instrumento de Dios para curar:

Esto de este miedo, temor y horror, me dura hasta hoy en la edad que tengo, que son cuarenta y tres años, que desde que Dios me cogió por instrumento para esto hasta hoy es grande el miedo y grande la necesidad para que yo haya de decir Evangelios o hacer alguna petición porque no es decible el caso (f. 51r).

En otra ocasión vuelve a usar el mismo término. Después de un sueño en que José servía al obispo Juan de Palafox, quiso plasmarlo

⁵⁸ Jean Chevalier, *Diccionario de los símbolos*. Barcelona, Herder, 1999, p. 209.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 210.

⁶⁰ *Ibid.*

por escrito y al analizarlo, manifestó que el prelado, “aún después de muerto hacía por su Iglesia todas estas finezas, valiéndose su Divina Majestad de un vil instrumento, como yo, para que ejecutase lo que su excelencia pudiera ser servido” (f. 158r). Catarina también se definía como instrumento divino cuando trataba de influir en otras personas para que mudasen de conducta: “Se vale la Divina Majestad del Señor de mí, aunque vil instrumento, para que avise a Fulano enmiende la vida”.⁶¹ Uno de los comentarios que Antonio Rubial hace de la China es, precisamente, que se trata de una persona contradictoria pues “Despreciándose y humillándose a sí misma, se mostraba siempre como la elegida predilecta de Cristo y de la Virgen”.⁶² Efectivamente, la frase “soy un caballo” que podría interpretarse en primera instancia como un término autodenigrante, podría entenderse también, sobre todo en ella, como un distintivo de su nivel espiritual.

El ser un instrumento de Dios se ve reflejado en otro aspecto que también comparten Catarina y José: el poder de sanación. Dice Francisco de Aguilera que “una vez encontré en esa calle un perro muerto, dividida la cabeza del cuerpo, por haberle pasado una carreta encima, y movida a compasión hizo que se lo llevaran a su casa y puesta en oración por la vida del perro se levantó éste, con asombro de todos, vivo y sin señal de su tragedia pasada”.⁶³ Esta práctica de sanación por medio del rezo y la oración y aplicada en animales domésticos también se repite en José del Castillo:

Yo tenía una gata para que me limpiara la casa de muchos ratones y ratas que había. Ésta pobre enfermó de un mal como de gota coral porque hacia extremos y se estiraba y encogía y le duraba gran tiempo. Fue enflaqueciendo de suerte que ya no podía andar. Yo, viendo esta lástima, me llegué a ella y con la mejor devoción que pude le dije tres veces haciéndole la señal de la santa Cruz, Dios te salve, María. Dios te salve, María. Dios te salve, María. Al punto sanó y quedó buena y sana y fue poniéndose muy gorda y nunca más le dio el mal. Oh, benditas palabras y así usen de ellas todos y verán como se libran de todo mal (f. 166r).

Catarina y José, como instrumentos de Dios para librar de enfermedades a seres vivos, no se limitaron a la sanación de animales sino también incluyeron a las personas que les rodeaban. Al hacer

⁶¹ José del Castillo, *Compendio*, f. 149.

⁶² Antonio Rubial García, *La santidad controvertida*, México, FCE, 1999, p. 51-52.

⁶³ Francisco de Aguilera, *op. cit.*, f. 99.

oración por ellos, de inmediato tomaban para sí sus males y los liberaban del dolor y de la postración en que estaban. A cambio, la China y el padre Del Castillo comenzaban a padecer la aflicción ajena. Este modo de curación por medio de la transmigración del sufrimiento estaba bastante generalizado entre las beatas novohispanas que dedicaban parte de sus esfuerzos a la salud física de sus allegados. Lo que sorprende en el caso de José, que seguramente vio o escuchó a Catarina hablar acerca de sus sensaciones luego de curar a alguien, no es que él repitiera el esquema, sino que lo hiciera aun en el caso de males o dolores femeninos pues, “cuando alguna señora estaba en días de parir” cuenta “y me pedía le encomendase a Dios, no puedo decir los dolores que yo padecía y la satisfacción de su buen parto” (f. 50v). En estos casos él recordaba las palabras que la China le había dicho cuando recién se habían conocido: “No te desconsueles que ya estás en amistad del Señor, pero sábetelo que has de padecer mucho, muchísimo” (f. 74v). Esta sentencia resultó una profecía para José.

Padecer la humillación pública fue también un elemento imprescindible al momento de narrar una vida de virtudes del siglo XVII novohispano. Catarina y José eran victimados por sus vecinos, quienes los llamaban embusteros por el modo de vida que llevaban. Estos pasajes ponen de manifiesto que no toda la gente estaba dispuesta a aceptar a este tipo de personajes. Sin embargo, las crónicas de muerte y entierro de Catarina que hacen sus tres biógrafos, muestran también a una gran cantidad de personas dolidas por su fallecimiento y por la pérdida que les significó. “En varias ocasiones le decían algunas personas al pasar junto a ella: ‘Esta perra china embustera’. Pero ella, con qué humildad tan sobresaliente respondía: —En verdad, ángel mío, que vuestratedes dicen el verdad, y así echen ruego a Dios no me perda”.⁶⁴ Y José dice:

Otros me tenían por alumbrado, otros me decían en mi cara que era un hipócrita, embustero, otros se reían y hacían mofa, otros me tenían por loco, otros me trataban de melarchico y aún esto era lo más corriente y lo loco. Tal llegó a ser esta materia de la burla, que hubo vez que a las diez del día, en una calle pública, comenzaron a gritos a decirme cada uno el apodo que les cuadraba sin respetar mi sacerdocio (f. 90).

⁶⁴ José del Castillo, *Compendio*, f. 76.

Pasando a otro aspecto de la influencia de Catarina sobre José, es preciso hablar de las imágenes. Es sabido que éstas, por sí mismas, han influido en la mente humana desde siempre. En la Nueva España del siglo XVII uno de los medios más efectivos para ilustrar a los fieles, fue, precisamente, el uso de la imagen. Dice Antonio Rubial que:

En el discurso emitido por beatas y ermitaños novohispanos se puede ver con gran claridad el impacto que tuvieron las pinturas, las esculturas, los ejercicios ignacianos, la liturgia, la hagiografía y la literatura devocional en sus percepciones y concepciones religiosas. Su mundo onírico inconsciente y sus narraciones conscientes fueron marcados por ese aparato visual que se fue entrelazando con las experiencias personales de su vida cotidiana.⁶⁵

Al respecto, Gauvin Alexander Bailey, sostiene que en las visiones de Catarina de San Juan hay claros puntos de comparación con la obra pictórica que se podía apreciar en la Puebla del siglo XVII. La pregunta que se hace es ¿quién influyó sobre quién? ¿Serían las visiones de las beatas, las de Catarina en particular, las que inspiraran a artistas como Cristóbal de Villalpando? o, en cambio, ¿sería la contemplación de los magníficos cuadros barrocos lo que ilustró la imaginación de la China?⁶⁶

Catarina decía que tenía visiones “como suelen representarse en pinturas”.⁶⁷ Al igual que ella, José experimentaba visiones que comparaba con los cuadros o efigies que veía en las iglesias. De esta forma dice al respecto de una aparición de Cristo con la cruz a cuestas: “Lo que sé decir es que el modo de la visión fue según y cómo pintan a San Pablo cuando vio a Cristo” (f. 38r). También refiere que un día mientras se encomendaba, vio: “detrás de la toca de la Virgen el rostro de Cristo con la corona de espinas y todo ensangrentado y según y como nos lo pinta y da a entender nuestra madre la santa iglesia” (f. 144r). Es probable que de rodillas, contemplando las pinturas barrocas de los templos, Catarina haya instruido a José a observar los detalles, colores y formas y a partir de esto le haya

⁶⁵ Antonio Rubial García, *Profetisas y solitarios*, p. 139.

⁶⁶ Gauvin Alexander Bailey, “A Mughal Princess in Baroque New Spain”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, n. 71, 1997, p. 50.

⁶⁷ Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan*, p. 39, *apud* Gauvin Alexander Bailey, “A Mughal Princess”, p. 51.

narrado sus propias visiones instándolo así a imaginar como ella lo hacía. Puedo justificar esta idea a partir de las complejas visiones que tuvo José, alejadas totalmente de las registradas en los varones de su tiempo y muy cercana al tipo de visión de Catarina.

De esta manera termino por señalar que la influencia de Catarina en José del Castillo fue tal, que él también exploró su mundo interior y lo expresó con vívidas imágenes, aunque es bien sabido que las visiones femeninas y masculinas fueron totalmente alejadas unas de otras en su composición, en su temática y en su complejidad. En las beatas predominaron las “visiones de Cristo, la Virgen y los santos, locuciones críticas, profecías, comunicaciones en espíritu con personas lejanas o con ánimas del Purgatorio y episodios de posesión demoniaca. Los ermitaños, en cambio, aunque también tuvieron visiones, éxtasis o enfermedades divinas, las experimentaron con menos frecuencia y no fueron descritas de manera tan vívida como las de las mujeres”.⁶⁸ El siguiente fragmento es uno de los muchos que revelan el tipo de visiones que experimentaba José. En él habla del Purgatorio, ese lugar al que se atrevió a ubicar junto al Infierno y a decir que tan sólo los separaba un muro. La descripción, como puede apreciarse, no le pide nada a las de su maestra y amiga, Catarina de San Juan.

Yo fui llevado entrado o arrebatado [...] por medio de mi ángel [...] Después fui llevado a una altura de unos peñascos que parece que tocaban el Cielo. Su latitud y profundidad y de aquel alto caían muchas almas sobre otros peñascos agudísimos, que casi cuando caían y llegaban a dar el golpe ya parece que venían hechos añicos. Después vi unos ríos caudalososísimos que a trechos iba por debajo de tierra y a trechos se dejaba ver el agua. De unos era de color de tinta, la de otros era como un cieno perversísimo y tan llena de inmundicias y tan pavorosa al ver, que no hay miedo con qué compararlo. A estos ríos venían a caer aquellas almas que desde aquellas peñas se precipitaban. [...] También había en este sitio algunos demonios con varios instrumentos tan tristes, tocándolos y maltratando una alma de cierto personaje de España, y me dijeron “esta alma está ahí hasta el día del juicio, en el Purgatorio.” [...] finalmente había tanto que decir de esta materia que, ya digo, no hay papel ni tiempo en qué poder escribirlo, y [...] Advierto de paso dos cosas, la primera, que también son atormentadas las almas en el Purgatorio por medio de los demonios y esto lo digo porque lo vi. La segunda, que el fuego del Purgatorio es distinto del de acá, porque

⁶⁸ Antonio Rubial García, *Profetisas y solitarios*, p. 139.

aquel fuego con que las dichas almas son purificadas en razón de fuego conviene con el de acá, pero el del Purgatorio es un fuego de grande actitud y de elevación por espiritual al virtud que le dio su Divina Majestad para efecto de la compurgación de los que allí padecen. Esto me ha dado su Divina Majestad a entender y así digo que según esta inteligencia, todo cuanto fuego hay en el mundo, no equivale a la actitud con que obra el menor ápice de aquel fuego. Dios nos libre de experimentarlo, si fuere servido (f. 124r y 125r).

Conclusión

La fascinación que los diferentes confesores de la China sintieron hacia ella no se debe, en ninguna manera, a debilidades de éstos. Es fácil comprobarlo cuando revisamos la cantidad de hijos espirituales que asistían y que, a pesar de ello, no todos lograban cautivarlos al grado que Catarina lo hizo. La China fue la única persona contemporánea a la que Francisco de Aguilera le dedicó un texto. El jesuita fue autor también del *Elogio de San Francisco Xavier* (Puebla 1689) y de *De Excellencia Bealissimae Virginis Mariae*, (manuscrito). De sus tres obras, dos las dedica a la corte celestial y sólo una a una persona que conoció. En el caso de Alonso Ramos puedo decir que su atención nunca estuvo al mismo nivel con sus otras hijas de confesión, como Juana Morales de Irasoque a quien le dedica varias fojas de su monumental obra sólo para relacionarla con Catarina⁶⁹ o Ana de Zayas, también contemporánea, a pesar de que él mismo la alentó para que escribiera sus visiones.⁷⁰ Otro caso es el de Bernardo Godoy, coadjutor en la Compañía y también contemporáneo. A su muerte, Alonso Ramos escribió una carta necrológica, dirigida al rector de Guadalajara, exaltando las virtudes de Godoy, tales como la caridad y la humildad. Los fragmentos que cita Francisco Zambrano de este manuscrito nunca dejan entrever una atracción de Ramos por la fi-

⁶⁹ En la segunda parte de *Los prodigios...* Ramos declara su intención de escribir la vida de doña Juana Morales de Irasoque, a quien llama "Segunda maravilla de la gracia y segundo prodigio de la omnipotencia en este dilatadísimo orbe y grande imperio", pero esto no sería sino hasta concluir la vida de Catarina, f. 144v. Debido a los problemas que enfrentó el padre Ramos a partir de 1693, es probable que la vida de doña Juana no haya sido siquiera redactada.

⁷⁰ Ramos tampoco escribió sobre ella, quizá porque Ana ya había recibido amonestaciones por el tono de sus escritos. Antonio Rubial García, *Profetisas y solitarios*, p. 59.

gura del biografiado.⁷¹ Un caso más es el de José del Castillo que fue, como ya he mencionado, hijo espiritual de Ramos por un período de, al menos, diez años. Aunque la relación entre ellos fue armónica y de respeto por parte de Del Castillo, y aunque éste último tenía y confesaba toda clase de visiones, audiciones y viajes al Purgatorio, al estilo de Catarina, Ramos nunca sintió un especial gusto por él. Ramos nunca escribió acerca de Castillo. Finalmente, José dedicó aproximadamente el veinte por ciento de su autobiografía a Catarina. Ningún otro personaje humano ocupa más páginas en ese texto como ella. Con estos ejemplos quiero mostrar que no eran Francisco de Aguilera, Alonso Ramos ni José del Castillo quienes estaban obsesionados por encontrar alguien a quien biografar, pues tuvieron varias oportunidades y conocieron suficiente gente interesante. Era Catarina la que causaba en ellos especial turbación.

Fue, en efecto, una conmoción lo que la China produjo en Del Castillo. Gracias a este choque surgió una relación de amistad y de solidaridad como entre madre e hijo y gracias a esta relación es que existe el texto que ahora nos permite recrear su historia en el mundo e imaginar las historias de su interior, mucho más ricas que las primeras, aquellas en que José asiste en espíritu a una batalla contra los turcos o ésa en que Cristo le da las llaves del Purgatorio, o cuando la China después de muerta lo visita para platicarle cómo se desempeña de jardinera en el Cielo. Al decir “el texto” me refiero a la autobiografía del padre Del Castillo, pero podría incluir aquí también al *Compendio* y al *Especulo en que se representa el engaño y desengaño*, obra manuscrita del jesuita Juan de Ochoa, acerca de la vida y virtudes de José, escrito, sin duda alguna, a partir de los cuadernos de Del Castillo.

La autobiografía, pues, ha servido para recrear parte de la historia que ninguno de los biógrafos había contado. De hecho puedo pensar que ésta fue una de las fuentes para el trabajo de Ramos, pues hay varios pasajes de la autobiografía que se repiten en los *Prodigios* donde es fácil detectar las exageraciones de Ramos.⁷² En esos casos,

⁷¹ Francisco Zambrano, *Diccionario Biobibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, Jus, 1961, p. 224.

⁷² Tal como lo supone Kathleen Myers, el padre Castillo estaba molesto por la exageración de Ramos manifiesta en los tres tomos de la biografía de la China. Al final de su autobiografía José expresa que se ha alejado de su confesor (no explica si Ramos u Ochoa, pero es fácil suponerlo) por dos motivos: ha roto los votos de silencio (163r.) y ha alterado información: “he visto en este particular con cierta alma que después de muerta le glosaron las cosas

el jesuita toma como personaje central de varias anécdotas a José pero omite su nombre. Exactamente lo mismo sucede en el *Compendio* de Del Castillo, donde al menos se citan siete incidentes con un protagonista anónimo y sólo al leer la autobiografía es posible entender que se trata de José. Es difícil determinar si la redacción de los cuadernos autobiográficos que contienen estas anécdotas fue anterior a la redacción de la obra de Ramos, de cualquier forma es posible que el jesuita haya usado algunos de los cuadernos de su hijo de confesión para complementar la hagiografía.

Parte de la historia de Catarina fue también la historia de sus allegados: sus familiares, sus amos, sus amigos, sus confesores, sus adeptos... Los testigos de Catarina pudieron escribir las biografías con un fin claro y bien estudiado al día de hoy: promoverla ante el Vaticano y, a la larga, canonizarla. Sin embargo, dudo que la autobiografía persiguiera ese fin. De los textos que hablan de Catarina, quizá la autobiografía sea el más fidedigno no sólo por que se trata de un ejercicio de interiorización escrito por mandato y que sólo por esto supone absoluta sinceridad, sino también por la relación que hubo entre ellos, que no era de confesor a hija, sino de una amistad y un amor insertos en la cotidianidad.

José del Castillo vio en Catarina a una madre, pero sobre todo a una santa y trabajó arduamente para ella, pues además de escribir la más moderada de sus biografías, le dedicó su vida y sus atenciones visitándola y atendiéndola a cambio del cariño que ella le demostraba. Quizá lo que el padre Del Castillo no alcanzó a distinguir fue que al trabajar para ella, al acompañarla, al escucharla y al creer, forjó su propio camino de perfección renunciando a sí mismo y entregando su vida a Catarina y tras su muerte, a los más necesitados de la Puebla de su tiempo.

muy diferentes de lo que ellas fueron y es faltar a la legalidad y verdad de Dios [...] Por eso digo que sólo se esté a lo que dejo escrito de mi letra, Ora el tal confesor lo hiciese pensando no lo erraba, ora fuese querer entender a su modo los sucesos". (164r)